

mano una cosa larga y blanca; Dubois se coloca detras de ella, con la pluma entre los dientes; se pregunta á la sonámbula si ve la boca de aquel señor y contesta que ve en ella una cosa blanca y larga.

El dictámen de Dubois dió lugar á una sesion tumultuosa de la Academia; mas como los miembros de la Comision respondían todos de la exactitud del relato, las conclusiones negativas fueron votadas con inmensa mayoría.

La Comision había hecho un llamamiento público á todas las personas que se ocuparan en magnetismo, pero solo despues de redactar ya su dictámen recibió una comunicacion por parte de cierto Petriconi tan ridícula que no era posible hacer caso de ella.

En la misma sesion en que la Academia había adoptado las conclusiones condenadoras del dictámen de la Comision, uno de los académicos, Burdin, haciendo observar que los experimentos concernientes á la *transposicion del sentido de la vista* se habían hecho únicamente en un solo individuo, pensó que sería conveniente, no para él, que tenía su criterio formado, sino para las personas que pudieran quedar en dudá, abrir un campo más ancho al estudio de esta cuestion, para obtener una conclusion más general, y con este objeto propuso conceder un premio de 3,000 francos, que él mismo pagaría, á la persona que tuviera la facultad de leer sin ayuda de los ojos, ni de la luz, no á manera de los ciegos por medio del tacto sobre caracteres de relieve, sino hallándose los objetos por ver colocados mediata ó inmediatamente sobre cualquier region del cuerpo, ménos al alcance de los ojos. La proposicion fué aceptada y el plazo para las pruebas limitado á dos años; de la Comision comprobadora formaron parte Dubois, ponente de la última, y Husson, ponente de la anterior.

No faltaron pretendientes; desde luégo presentáronse seis, cinco médicos y un veterinario, preguntando por las condiciones especiales del concurso, y á todos se les contestó que no bastaría una simple relacion de lo que hubieran visto, sino que se exigían nuevos experimentos ante la Comision de Paris. El veterinario Pigeaire, de Montpellier, no podía conformarse con una de las cláusulas; su sonámbula leía con los dedos y no podía comprometerse á no servirse del tacto; mas los comisionados podían aplicar una chapa de cristal sobre el escrito ó impreso que se trataría de descifrar. Burdin declaró que en esto no tenía inconveniente y que confiaba en la sagacidad de los comisionados.

La sonámbula de Pigeaire era su propia hija; la lleva á Paris y la presenta primero en público, en los salones, ante los literatos, autores de dramas y novelas, y algunos médicos. Finalmente, en julio de 1838 la presenta á la Comision. Para vendarle los ojos saca una tira de terciopelo que ha traído de Montpellier, de unas dos ó tres pulgadas de ancho, que debe fijarse en sus bordes por medio de

diaquilon; una venda más ancha presentada por la Comision no es aceptada, como tampoco la proposicion de sustituir todo vendaje con una hoja de papel tenida ante los ojos de la niña. La Comision se conforma, pues, con la tira de terciopelo, pero con tal de presentarse los objetos alumbrados como quería Pigeaire, no en la misma direccion horizontal de la venda, sino encima de la misma, perpendicularmente á la cara. No aceptándose esta condicion, la Comision se retiró, y en su dictámen hizo constar las exigencias del magnetizador.

De los cinco otros pretendientes al premio Burdin, uno solo, el Dr. Hublier de Provins, dió señales de vida en agosto de 1839, por una carta en la cual refería sus experimentos y pedía una prolongacion del plazo, la cual le fué concedida hasta 1.º de octubre de 1840, con la siguiente modificacion del programa: «Preséntese una persona, magnetizada ó no magnetizada, dormida ó despierta; que esta persona lea, con los ojos abiertos y á la luz del día, á traves de un cuerpo opaco, tal como un tejido de algodón, lienzo ó seda, colocado á seis pulgadas de la cara; que lea solamente á traves de una hoja de papel y cobrará los tres mil francos.»

La sonámbula del Dr. Hublier llega por fin á Paris, y como el doctor no la podía acompañar encargó á su amigo, el Dr. Frappart, que la presentara á la Comision. Éste quiere hacer un ensayo previo, y descubre que D.ª Emilia no tiene nada de sonámbula y mucho de embustera.

Frustrada así la expectacion de la Academia, se le presenta á última hora un magnetizador de Paris, el Dr. Teste, como candidato para el premio. Se propone una sola y sencillísima prueba. La sonámbula leerá á traves de las paredes de una caja de carton ó de madera, con tal que se le diga la direccion de las letras encerradas en la caja. Ella misma fija la hora del experimento, las siete en punto de la tarde. Entre las diferentes cajas que la Comision había traído segun el convenio, conteniendo todas fragmentos de impresos, el presidente eligió una de carton que fué aceptada por el magnetizador. Con mucho trabajo la sonámbula distingue dos palabras, *nous sommes*, y declara que no puede ver más. El impreso contenía seis versos de un poema, pero en ninguno había las palabras *nous sommes*.

En vista de estos fracasos, uno de los comisionados propone y la Academia decide que en adelante no contestará á ninguna comunicacion que se le dirigiere acerca del magnetismo animal, así como la Academia de las Ciencias considera como no recibidas todas las comunicaciones referentes á la cuadratura del círculo ó al movimiento perpetuo.

Aquí termina para Francia la historia crítica del magnetismo animal; no han faltado magnetizadores desde entónces, como no faltan hoy, pero se trata

solamente de industriales que explotan la necesidad del público, no más de médicos engañados que quieran comunicar su ilusión á otros.

En Alemania los hechos más notables referentes al magnetismo animal durante esa época fueron la publicación de la obra de *Heusler*, catedrático de fisiología de la Universidad de Virtsburgo en 1837, bajo el título, un tanto largo, de: *Los varios efectos del magnetismo animal en el hombre en estado sano, las consiguientes destemplanzas, enfermedades, matrimonios desgraciados y la mermada duración de la vida. Colección de muchos hechos compilados de la literatura y de observaciones propias de desproporciones magnéticas*. El solo hecho de publicarse un libro tan voluminoso por un catedrático de número, quien por lo demás se declara *remagnético*, prueba las funestas consecuencias prácticas del magnetismo, al que se atribuyen seriamente grandes virtudes curativas que se especifican detalladamente.

Si un catedrático de fisiología pudo extraviarse hasta tal punto, parece disculpable y casi natural que muchos médicos, y algunos de gran autoridad, se dejaran engañar y perdieran todo tino y criterio en su trato forzado con las personas exaltadas. En aquellos tiempos la enseñanza médica distaba mucho de ser tan naturalista como es hoy y además en las mismas ciencias naturales reinaba más la especulación mal llamada filosófica que la serena investigación de los hechos. En Alemania, como en todos los países, había y hay médicos que ejercen la medicina como el zapatero remendon práctica el curanderismo, es decir, que no se identifican con su profesión. Si la verdadera índole, la vocación, por decirlo así, de un hombre es de poeta, por la exuberancia de su imaginación, no es extraño que cuando las circunstancias le hacen médico, escriba luego obras como las que publicó el Dr. *Justino Kerner*, cuya última publicación lleva el título: *Magikon. Archivo para observaciones en el reino de los espíritus y de la vida magnética y mágica*, y salió á luz en Stuttgart en los años de 1840-1846, formando tres tomos.

Muchos ejemplos de esta clase podrían citarse (aún de autores modernos, como el Dr. Maximiliano *Perty*, catedrático de historia natural, quien publicó en 1861 una obra sobre *los fenómenos místicos de la naturaleza humana*, que tuvo una segunda edición en dos tomos en 1872, luego otra para demostrar *la realidad de las fuerzas mágicas*, y acaba de dar á la estampa en este mismo año de 1881 un libro sobre *El mundo visible y el mundo invisible*), pero el más notable y más raro es el del baron de Reichenbach, cuya teoría del *od* puede considerarse como una rehabilitación del ya muy desacreditado magnetismo animal, como una tentativa de darle una base científica, de explicarlo por hechos positivos.

Raro en este caso es el nombre mismo con que el autor ha designado el objeto de su ilusión; pues en vez de seguir la costumbre de apelar al griego ó al latín por el término técnico, lo tomó del escandinavo. En los idiomas escandinavos la palabra *od* significa *punta*, y por esto la tomó Reichenbach para designar la exhalación sublime, flamiforme, que los sensitivos ven desprenderse de la punta de sus dedos, el magnetismo acumulado allí como en el polo de un imán.

El baron Carlos de *Reichenbach* (Reijenbaj), fallecido en Leipzig el 19 de enero de 1869 á la edad de 81 años, se ha conquistado un nombre en la historia de la química durante el cuarto decenio de nuestro siglo, por el descubrimiento de dos sustancias, la creosota y la parafina, que inmediatamente cobraron gran importancia práctica. Por estos y otros trabajos científicos Reichenbach ha probado que era un hombre serio. Los que han tenido la suerte de conocerle personalmente elogian su carácter franco, sincero y desinteresado, de modo que no cabe sospechar que haya tratado de engañar á nadie proclamando y defendiendo en obras voluminosas la existencia del *od* y la clasificación de los hombres en *sensitivos é insensitivos* (sensibles é insensibles.)

El mismo era el engañado. Quien se interese por el *odismo* encontrará suficientes datos sobre esta aberración y su autor en el librito publicado en 1876 por el catedrático de Física de la Universidad de Leipzig, Dr. Fechner, bajo el título de *Recuerdos de los últimos días del odismo y de su autor*, en el cual el célebre fundador de la psicofísica hace constar que se tiene derecho á exigir de los experimentadores *ódicos* que no se desentiendan de los primeros principios del cálculo de probabilidad. Si en veinte ensayos un individuo acierta diez veces á señalar correctamente los polos de un imán envuelto en papel y cuya posición es variada por el examinador, nada podrá deducirse de esto en pro de la existencia del *od*. Si es mayor el número de las veces que el individuo sensitivo deja de acertar que el de las veces que acierta, es evidente que el pretendido principio *ódico* no existe. Pero si en una larga serie de experimentos la persona sensitiva acertase casi siempre, entonces sí que habría motivo para sospechar que un fenómeno tan constante tuviera una causa particular digna de investigarse. Mas hasta ahora nadie ha hecho observaciones indubitables en número suficiente ni tampoco se ha dado una definición clara y terminante de lo que sería el *od*.

El único dato positivo de importancia que podría citarse en apoyo del odismo y del magnetismo animal es el influjo que en la brújula ejerce una persona sensitiva. Fechner cuenta lo que vió en 1867 como sigue:

«Una brújula ordinaria cuya aguja tenía unas cuantas pulgadas de largo,

fué colocada sobre la mesa debajo de una campana de cristal; Reichenbach mandó á la persona sensitiva que meneara un dedo horizontalmente por delante de un polo de la brújula y ésta echó á oscilar de una manera análoga como si se moviera delante del mismo polo una barra de hierro ó un iman. Las oscilaciones eran bastante considerables y el experimento salía bien á cada repetición, aún cuando Reichenbach se tenía apartado en un extremo de la habitación.» Al cabo de pocos días refiere «que los experimentos magnéticos salían tan perfectamente que me dejaban atontado.» Se observa constantemente que por cualquier parte de las extremidades superiores el polo sur de la aguja era rechazado y el polo norte atraído. Presentando todos los dedos juntos, las oscilaciones alcanzaban hasta 40 y 50 grados por cada lado. Acercando el codo con el brazo doblado en ángulo agudo á la aguja, la declinación alcanzaba casi á 90 grados por cada lado. Un día los ensayos se hicieron en presencia del doctor Erdmann, y se observó que después de muchos ensayos la virtud magnética de la persona sensitiva iba disminuyendo paulatinamente en el curso de los experimentos.

Este caso es único en su clase, porque las afirmaciones de sonámbulas como la del prestigiador americano Slade, de producir movimientos de la brújula por su sola voluntad, no han resultado verdaderas, como tampoco ha sido dable admitir una virtud zoomagnética especial en vista de las demás producciones de esa gente. Las circunstancias del experimento presenciado por Fechner y Erdmann no permiten dudar de su realidad y no queda otro recurso que el aguardar que se repita la observación, porque en casos de esta naturaleza, si la credulidad es de bobos, la incredulidad es de frívolos, ó bien se ha de intentar una explicación por medio de la electricidad, ya que con respecto á ésta no faltan observaciones de individuos tan cargados de electricidad que daban chispas así como de casos de desarrollo espontáneo de electricidad en el hombre, que todavía aguardan su explicación satisfactoria. Basta citar la opinión del Dr. Du Bois Reymond, cuya autoridad en este punto es irrecusable:

«Incontestable, en vista de tantos testimonios acordes, pareceme que al investigarse el cuerpo humano con aparatos electroscópicos resulta que debe existir de una manera ú otra una fuente de electricidad, especialmente depositiva. Si esto depende de las condiciones físico-químicas ordinarias de los tejidos animales, ó de una causa que se repite cada vez que se hace el experimento, ó en fin del roce de la piel en los vestidos, no es tan fácil de decidir. Los experimentos hechos en el cuerpo desnudo no excluyen la última alternativa, puesto que no es posible someter el cuerpo humano á la acción deselectrizadora del fuego como se hace en un cristal.»

Si en la superficie de todo cuerpo humano existen indudablemente las condiciones necesarias para la producción de los contrastes eléctricos, parece natural suponer que pueden diferir en grado según el individuo y en circunstancias patológicas multiplicarse ó acrecentarse hasta el punto de desarrollar corrientes galvánicas suficientes para hacer oscilar regularmente una aguja de brújula.

De ninguna manera parece justificada la división de los individuos del género humano en magnéticos y amagnéticos, eléctricos y aneléctricos, sensitivos é insensitivos, porque el mismo individuo no es constantemente magnético, eléctrico ó sensitivo, sino que unas veces está *cargado* y otras veces no.

Las principales propiedades que Reichenbach atribuye al *od* en su obra: *Aforismos sobre la sensibilidad y el od* (Viena 1866) son las siguientes:

El *od*, saliendo por los dedos de la mano, puede ser transportado (comunicado) á otros cuerpos, v. g., el agua, manifestándose en esto un contraste singular. Si se coge un vaso de agua en cada mano teniéndolo agarrado durante cinco minutos, una persona sensitiva descubrirá una diferencia en el agua de los dos vasos; la de la mano derecha le parecerá de sabor fresco y agradable mientras que la de la mano izquierda le hará la impresión de tibia, pasada, sosa. Las diversas sustancias químicas se comportan de diferente manera ejerciendo unas más atracción sobre los dedos de la persona sensitiva y otras no. Los dedos de la mano izquierda perciben un airecillo fresco sobre la punta regular de un cristal de roca grande, mientras que tienen una sensación tibiona en la parte inferior, la raíz del cristal; los dedos de la mano derecha tienen la misma sensación, si bien menos intensa, en sentido inverso, es decir, tibia en la punta y fresca en la raíz del mineral.

Estas sensaciones son más intensas sobre los polos de un iman, percibiendo los dedos derechos una sensación tibia en el polo norte y fresquita en el polo sur, y al revés y más intensamente los dedos izquierdos. En la oscuridad los imanes y cristales ostentan ante el sensitivo una exhalación visible en sus ángulos, aristas y superficies. Una atmósfera parecida se levanta de los bordes de los vasos en que se ha verificado una reacción química así como de todas las partes de una batería voltaica compuesta de varios elementos. La luz solar produce también efectos ódicos. Cuando un sensitivo, estando en la sombra, expone á los rayos del sol la mitad de un bastón, le causará una sensación de frío el otro extremo que tiene en la mano; si expone un extremo á los rayos azules y morados del espectro, la mano izquierda notará aún más pura y agradable la frescura, mientras que la influencia de los rayos amarillos y rojos produce la sensación ingrata de tibieza. Si se frota enérgicamente el extremo libre del bastón,